

PAPERBACKS from HELL

LA OSCURA HISTORIA DE LA FICCIÓN
DE TERROR DE LOS AÑOS 70 Y 80

GRADY HENDRIX



PAPERBACKS from Hell

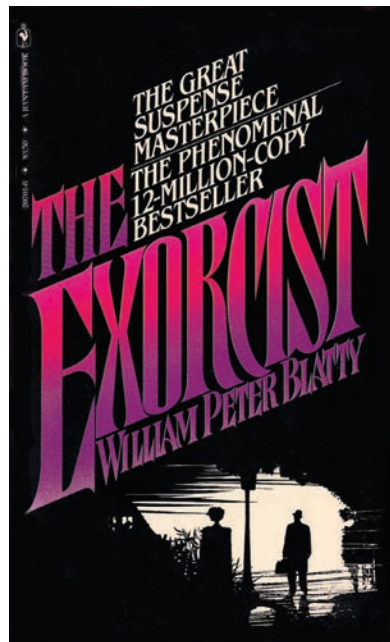
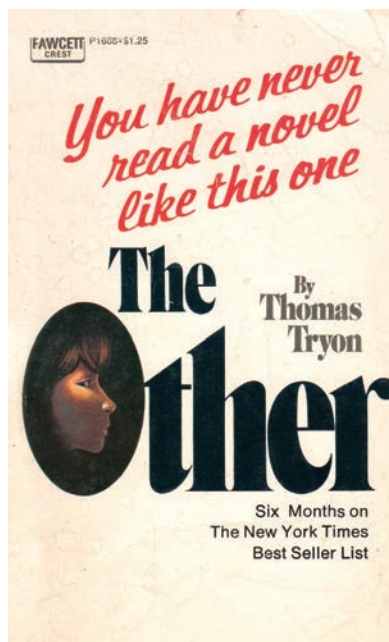
LA OSCURA HISTORIA DE LA FICCIÓN
DE TERROR DE LOS 70 Y LOS 80

GRADY HENDRIX
CON WILL ERRICKSON

minotauro

7	INTRODUCCIÓN
10	PRÓLOGO
16	CAPÍTULO 1 ¡AVE, SATANÁS!
46	CAPÍTULO 2 NIÑOS ESPELUZNANTES
78	CAPÍTULO 3 CUANDO ATACAN LOS ANIMALES
102	CAPÍTULO 4 PESADILLAS INMOBILIARIAS
124	CAPÍTULO 5 CIENCIA RARA
144	CAPÍTULO 6 GÓTICO Y ROMÁNTICO
168	CAPÍTULO 7 INHUMANOIDES
192	CAPÍTULO 8 SPLATTERPUNK, ASESINOS EN SERIE Y SUPERRARITOS
222	EPÍLOGO
226	BIOGRAFÍAS DE CREADORES Y EDITORES ESCOGIDOS
234	POSFACIO
237	CRÉDITOS
248	AGRADECIMIENTOS
250	ÍNDICE

La Insantísima Trinidad:
La semilla del diablo
 (1967), *El otro* (1971)
 y *El exorcista* (1971)
 engendraron una nueva
 era en la novela de terror.

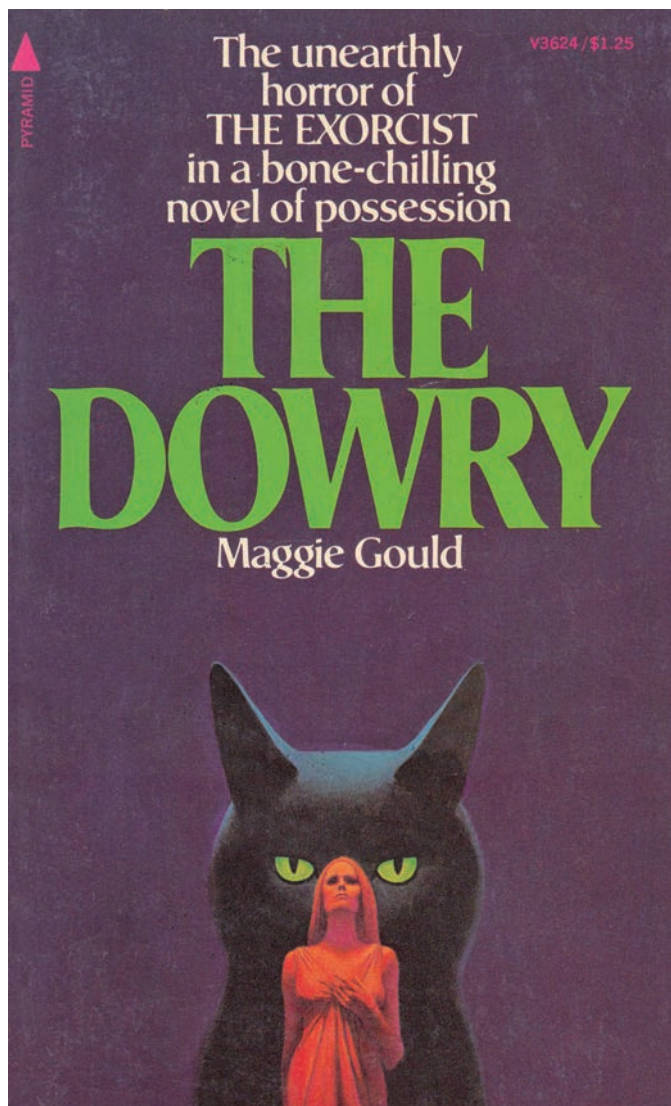


Entre abril de 1967 y diciembre de 1973 todo cambió.

En poco más de cinco años, la literatura de terror empezó a ser apta para adultos gracias a tres novelas. *Rosemary's Baby* (*La semilla del diablo*), de Ira Levin, *The Other* (*El otro*), de Thomas Tryon, y *The Exorcist* (*El exorcista*), de William Peter Blatty, fueron los primeros relatos de terror que llegaron a la lista anual de superventas de *Publishers Weekly* desde que lo hiciera la *Rebeca* de Daphne du Maurier en 1938. Y, salvo por tres novelas de Peter Tiburón Benchley, serían los únicos títulos de terror de esa lista hasta *The Dead Zone* (*La zona muerta*) de Stephen King, en 1979. De las tres se hizo película y, lo que es más importante, las tres sentaron las bases de las dos décadas siguientes de novela de terror.

El terror era un género de pringados cuando Ira Levin, guionista con un solo libro (*A Kiss before Dying*, traducido como *Un beso antes de morir*, de 1953) y un musical fallido en Broadway (*Drat! The Cat!*) a su nombre, se sentó a escribir el relato de una mujer que da luz al diablo. *La semilla del diablo*, una obra maestra del minimalismo, escrita con frases precisas y ágiles, se convirtió en un superventas colosal. Los derechos de la película se vendieron antes de que se publicara el libro. Cuatro meses después de que la novela llegara a las librerías, Roman Polanski empezó a rodar una adaptación por la que conseguiría un Óscar. La película, tachada de «enfermiza y obscena» por el *Los Angeles Times* y a la que la Iglesia católica le otorgó una C de «condenada», terminó salvando a Paramount de la quiebra.

La semilla del diablo fue una chispa en el corazón de la literatura de terror, pero el cadáver empezó a menearse de verdad en junio de 1971 cuando *El otro*, de Thomas Tryon, y *El exorcista*, de William Peter Blatty, entraron a la vez en la lista de los libros más vendidos del *New York Times*. La novela de Blatty, alimentada de anfetaminas y escrita de un tirón en diez meses, murió al llegar a las librerías, hasta que la cancelación de última hora de un invitado le concedió una súbita aparición en *The Dick Cavett Show*. Así nació un exitazo. Durante once semanas, *El exorcista* y *El otro* ocuparon el número 1 y el número 3 de la lista de superventas del *New York Times*. *El otro* desapareció después de veinticuatro semanas; *El exorcista* aguantaría la impresionante cifra de cincuenta y cinco.



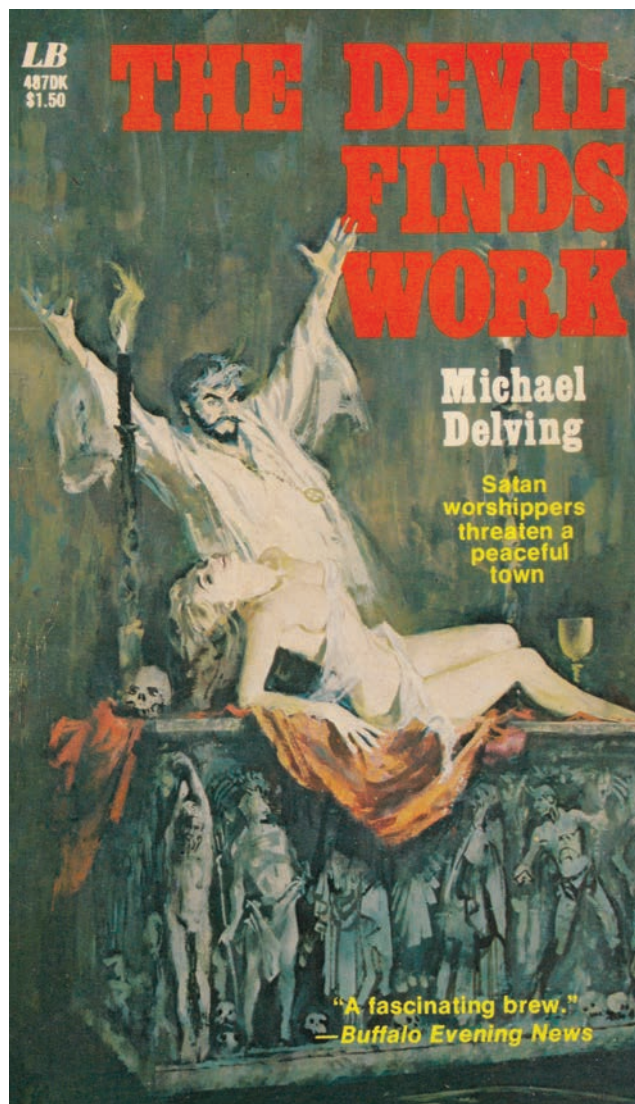
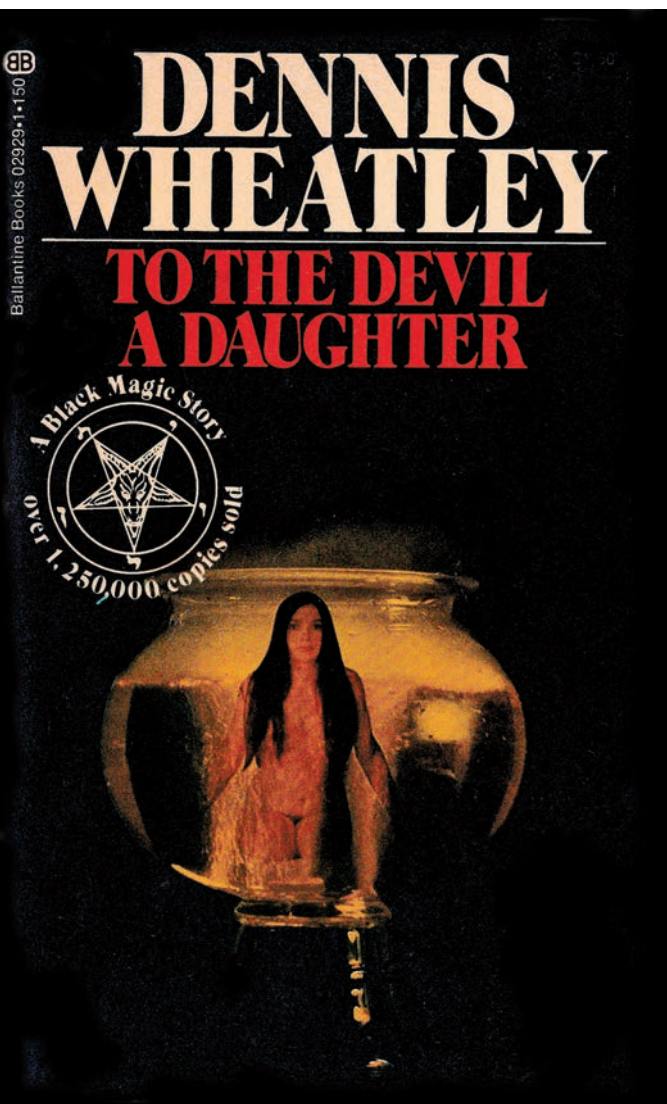
Cuatro millones de ejemplares de *El exorcista* se vendieron antes de que la adaptación cinematográfica de William Friedkin debutara en diciembre de 1973 y se convirtiera en un hito cultural. La película fue la segunda más taquillera del año y ganó dos premios de la Academia.

Tryon había tenido lo que la revista *People* dio en llamar «una trayectoria cinematográfica implacablemente mediocre» antes de protagonizar *The Cardinal* (*El cardenal*), la cinta del director dictatorial Otto Preminger, una experiencia que llevó al futuro actor a una crisis nerviosa y le hizo jurar que se convertiría en productor para poder despedir siempre al director. No obstante, nadie se interesó en su propuesta de hacer una película sobre los gemelos malvados, *El otro*, así que se encerró en un cuarto durante un año y medio, y resurgió con el guion reconvertido en novela. Trabajándose el circuito promocional como un

experto, Tryon convirtió su novela en el noveno libro más vendido de 1971.

En contraste con *La semilla del diablo*, tanto *El otro* como *El exorcista* tenían un estilo muy recargado. Tryon habla de una tarde que «se extendía profusamente, como un pícnic sobre un paño de luces y sombras», y Blatty empieza su novela con «Como el resplandor breve y condenado de soles explosivos que apenas registran los ojos de un ciego, el comienzo del horror pasó casi inadvertido». Pero Blatty escribe unos diálogos excelentes y cree profundamente en su material. Por su lado, Tryon minimiza el terror de forma que se va acercando con sigilo al lector y surge de detrás de un matorral de descripciones poéticas de la naturaleza. Cuando caes en la emboscada de dedos cercenados, horcas escondidas en pajares y cadáveres de bebé sumergidos en frascos ya es demasiado tarde. Además, el final incluye un giro digno de *The Twilight Zone* que dio mucho que hablar entre los lectores y ha influenciado desde entonces a centenares de narradores poco fiables.

Esas tres novelas, un *thriller* de precisión en el que el diablo deja preñada a una mujer del Upper West Side, un melodrama religioso de sangre y truenos que proclama que Satanás se quiere llevar a nuestros hijos, y una reflexión lírica y barroca sobre los gemelos malvados y los niños asesinos, dieron forma a todo lo que vino después.



Satanás vendía, ya fueran cubiertas nuevas plantadas en libros viejos (*The Dowry*, 1949; *To the Devil a Daughter*, 1953) o una cubierta de lo oculto aplicada a una novela de misterio sobre unos anticuarios (*The Devil Finds Work*, 1968).

La semilla del diablo puso a hervir el caldero, pero la publicación de *El exorcista* y *El otro* echaron gasolina a los fogones. Ya fuera una reimpresión de 1949, una reedición de los libros de magia negra de 1953 de Dennis Wheatley o una novela completamente nueva, pronto empezó a ser necesario que Satanás apareciera en todas las cubiertas y que surgiera la inevitable comparación con *El exorcista*, *La semilla del diablo* o *El otro*. Daba igual que fuese una novela de misterio, de ciencia ficción histórica alternativa o incluso una reimpresión de algún antiguo título *pulp*, Satanás era el ingrediente secreto que hacía subir las ventas como la espuma.

La influencia de Tryon tardaría unos años en florecer, pero, después del golpe doble de *La semilla del diablo* y *El exorcista*, de pronto nadie hablaba de otra cosa que del Diablo.

La década del diablo

La novela de terror de lo oculto, descendiente directo del *pulp*, a comienzos de los setenta aún parecía un sitio en el que *The Guardians* podía estar a gusto (página 14). Pero, después de que *El exorcista* llegara a las pantallas de los cines en 1974, la literatura de terror se arrancó de la suela del zapato el influjo del *pulp* como el que se quita un chicle viejo. En aquellos libros aún aparecían sectas y magia negra, pero de pronto Satanás ya no era una amenaza que te encontrabas en una mansión apartada ni en una plantación jamaicana. El demonio se llevaba dentro. Satanás ya no era tu vecino de al lado; Satanás eras tú.

Los departamentos de marketing recibieron a Satanás con los brazos abiertos. En la cubierta de la tercera novela de la celebridad literaria Beryl Bainbridge se veía a dos críos espeluznantes asomar bajo una entusiasta comparación con *El exorcista*, mientras que la novela del escritor de vanguardia Hubert Selby Jr. sobre un adúltero en serie, *El demonio*, se hacía propaganda comparándose con *La semilla del diablo*. Del mismo modo, un montón de autores metieron el pie voluntariamente en las aguas del terror, con asombroso éxito.

La elegante novelista sureña Anne Rivers Siddons escribió *The House Next Door*, que sigue siendo una de las mejores novelas de casas encantadas del género. La única

novela de Joan Samson, antes de que falleciera prematuramente de cáncer, fue *The Auctioneer* (*El subastador*), otro clásico del género, y Mendal W. Johnson consiguió escribir *Let's Go Play at the Adams'* (página 62) antes de fallecer. Herman Raucher escribió la mítica novela de mayoría de edad, *Summer of '42* (*Verano del 42*), antes de presentar su único relato de terror, la espeluznante *Maynard's House*, sobre un veterano de la guerra de Vietnam que se lía con una bruja en la zona rural de Maine. Y William Hjortsberg fue fiel a la ficción literaria a lo largo de toda su carrera... salvo por un desliz de gran influencia: *Falling Angel* (*El ángel caído*).

La novela de Hjortsberg, entre la serie *The Guardians* y la de *Satan Sleuth* de Michael Avellone (página 25), retrata a un investigador privado que atraviesa la superficie del mundo de los despiertos y cae en una pesadilla de sacrificio satánico. Los setenta fueron testigos de la reinención del clásico personaje del detective privado por un montón de autores, desde Jonathan Fast en su novela enrevesada de final sorprendente, *The Inner Circle*, hasta Joseph Hansen y su inspector gay Dave Brandstetter. Pero la dura novela negra de Hjortsberg era directa, sin pelos en la lengua.



La novela de Hjortsberg ofrecía una ficción detectivesca cruda mezclada con usurpación de identidad demoníaca.

Al detective privado Harry Angel lo contratan para que encuentre a un cantante de jazz desaparecido, Johnny Favorite, que podría estar intentando cometer un fraude de seguros. Según Harry se va acercando a su objetivo, todas las personas a las que interroga son asesinadas. Por lo visto, Favorite le ha vendido el alma al diablo y a lo mejor pretende escaquearse del trato. O igual Johnny Favorite es, en realidad, Harry Angel.

Si se consigue pasar por alto las bobadas (como que la gente quede en el número 666 de la Quinta Avenida y que a Satanás se lo represente con nombres como Louis Cyphre), el resultado es un relato de detectives catastrófico con algo de Philip Marlowe, algo de Oedipus Rex y algo de Biblia satánica. Lo terrorífico no es que Harry Angel pudiera ser Johnny Favorite, ni que Johnny Favorite pudiera haber vendido su alma al diablo, sino que tal vez Harry Angel no es quien cree ser. Quizás no es un veterano valiente de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, puede que sea un asesino. Todos los personajes de esa novela tienen una doble identidad que conduce al núcleo estremecedor de toda la ficción de posesiones satánicas: si el demonio se nos puede meter dentro, igual no somos quienes creíamos que éramos. Tal vez somos muchísimo peores.

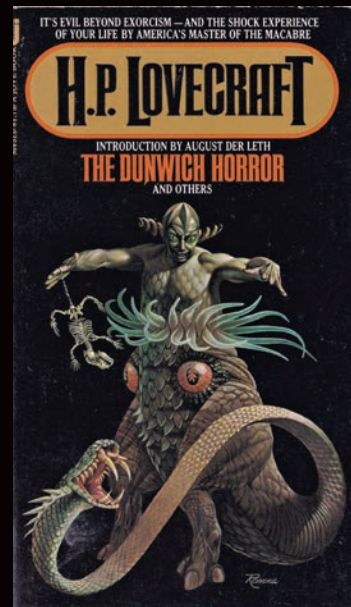
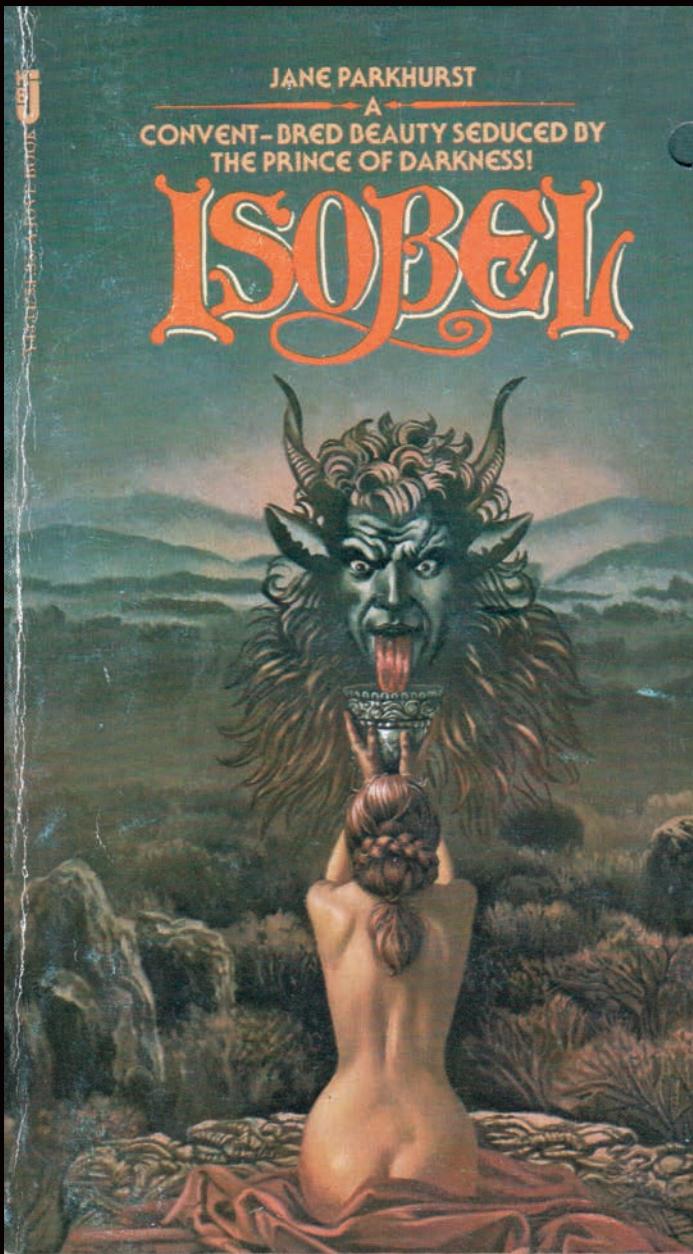
Mientras el Satanás de los setenta se entretenía con la compraventa descarada de almas, surgieron algunas tendencias. Los malos se culturizaron y se volvieron elegantes. Tenían ojos de color violeta, perros negros e inmensas bibliotecas repletas de volúmenes antiquísimos, y cuando morían, sus almas se colaban en el cuerpo de los buenos. Los periodistas de pacotilla podían convertirse en célebres concertistas de piano, los distribuidores de cine ahogados por las deudas conseguían el pisazo de sus sueños, los supervivientes traumatizados de accidentes de tráfico se libraban del remordimiento y ligaban, todo a cambio de renunciar a su identidad, a su yo, a su alma.

Todas las novelas eran «mejor que *La semilla del diablo*», «más aterradora que *El exorcista*» y «heredera de *El otro*». Leídos en el orden correcto, los títulos pintaban un triste retrato de Satanás en su periplo de demonio joven de espíritu libre a tostón de mediana edad: *Satan's Holiday*, *Satan's Gal*, *Satan's Seed*, *Satan's Child*, *Satan's Bride*, *Satan Sublets*, *The Sorrows of Satan*, *Satan's Mistress*, *Satan, His Psychotherapy and His Cure*.

Las editoriales se servían de artimañas desesperadas con tal de destacar. *Mephisto Waltz* (*El vals Mefisto*), de Fred Mustard Steward, salió con una grabación en 45 revoluciones del vals original de Franz Liszt. *El subastador*, de Joan Samson, y *Suffer the Children* (*Dejad a los niños*), de John Saul, se anunciaron en televisión. Las imágenes de las cubiertas se hicieron más grandes, más llamativas y atrevidas, ampliadas con troquelados y sobrecubiertas. Entre aquellas tapas, los autores competían por ver cuál de ellos podía ser más modernito e innovador. En *Exorcism* (página 27) había una posesión por LSD, *The Inner Circle* (página 28) iba de Beverly Hills y estrellas de cine, y en *The Stigma* (página 27) una bruja moría ahogada por una polla de demonio de casi un metro de largo.

La historia de Escocia del siglo XVI, en la que se ahorcaba a brujas todos los lunes, miércoles y viernes, era la base de esa última, así como la novela temprana de terror folclórico *Satan's Child*, e *Isobel*, de Jane Parkhurst (página siguiente), basada en la vida de Isobel Gowdie, la única bruja que llegó a confesar abiertamente sus delitos.

Los incubos y súcubos demoníacos salían reptando de las discotecas italianas para montar orgías sexuales en edificios enteros de pisos y depositar su semilla diabólica en las mujeres. Y el papito más cachondo, modernito y vacilón de todos ellos fue un héroe olvidado, conocido como Satan Sleuth.



La impresionante pintura de la cubierta de *Isobel* es la primera ilustración de terror vendida por Rowena Morrill, una de las grandes artistas de todos los tiempos. Morrill, más conocida por su trabajo en ciencia ficción y fantasía, pintó también las cubiertas de una serie friki de reimpressiones de Lovecraft de Jove. Y sigue siendo la única artista de ese campo cuya obra ha decorado no solo la cubierta del mejor álbum pirata de Metallica (*No Life 'til Power*), sino también las paredes de uno de los nidos de amor de Saddam Hussein.

El hombre más extraordinario del mundo entero

Llamémoslo Troy Conway, Vance Stanton, Edwina Noone, Dorothea Nile, Jean-Anne de Pre, o cualquiera de los diecisiete seudónimos que usó para escribir sus más de doscientas novelas. Era Michael Avallone, según él mismo «el rey de la novela de bolsillo» y «el mecanógrafo más veloz del este del país». Avallone escribió relatos detectivescos y góticos, y secuelas de *Partridge Family* (*Mamá y sus increíbles hijos*), y la novelización de *Friday the 13th, Part III* (*Viernes 13, Tercera Parte*) en 3-D. Y cuando Satanás se puso de moda, escribió para Warner Books los tres libritos de la serie *The Satan Sleuth*, publicados entre noviembre de 1974 y enero de 1975.

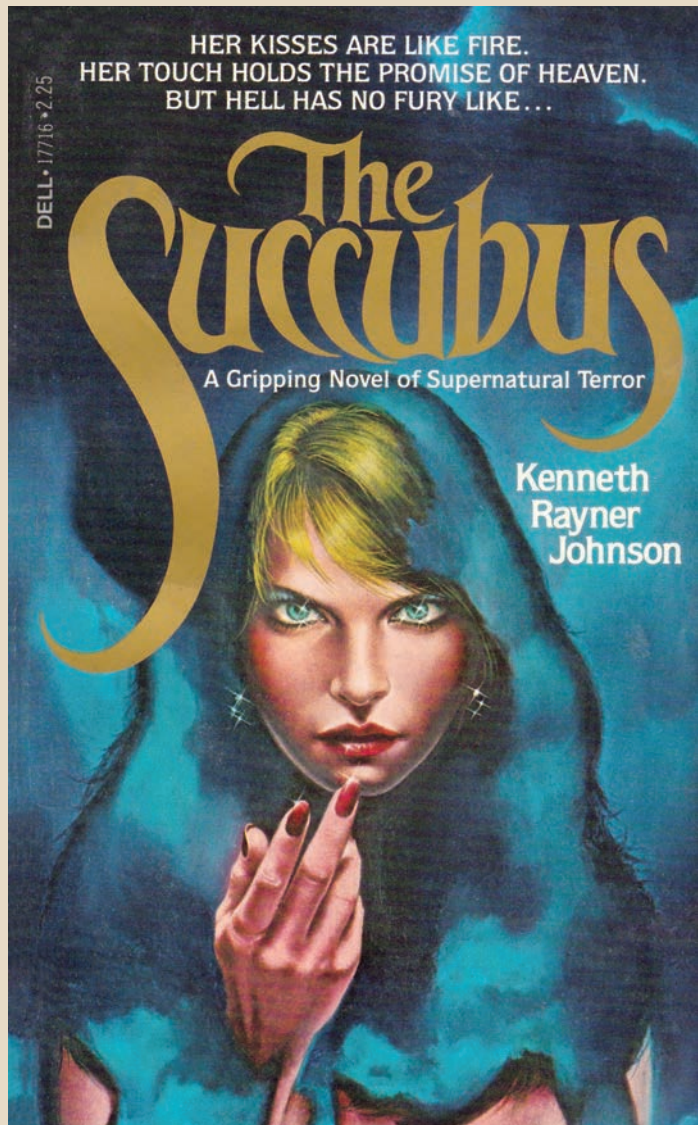
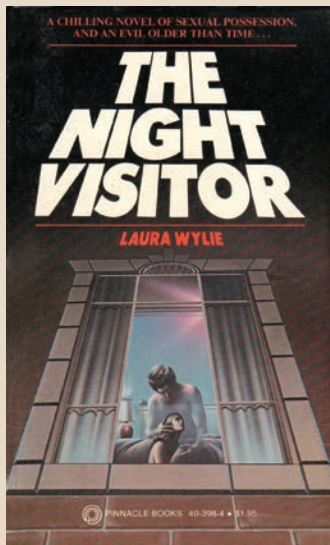
El protagonista de Avallone, Philip St. George III «hace que hasta Robert Redford resulte insulso». Son «ochenta kilos de fibra y músculo» con «un cociente intelectual próximo al de Einstein». St. George ha «subido el Everest, coronado el Cervino y localizado a una tribu perdida de reductores de cabezas del Amazonas», pero de pronto recibe una llamada para comunicarle que su prometida, Dorothea Daley, ha sido asesinada. ¿Los asesinos? Tres adoradores del diablo que son «criaturas verdaderamente enfermas, perturbadas y medio locas de otro universo, de algún otro planeta. No son humanos».

Cuando ve la carnicería (peor que «la orgía asesina de Tate-Manson del 68»), a St. George se le ponen blancos dos mechones de pelo. «¡Los muy cabrones! —despostrica su abogado—. Deberían ir desnudos al infierno». St. George sabe quiénes son los culpables: «*Hippies*, marginados, desertores, radicales de izquierda, militantes de derecha, obsesos de Jesucristo, adoradores del diablo, víctimas de la brecha generacional, moteros..., todo el tinglado». Equilibra la balanza con estos miembros de la secta (uno de los cuales es «más gay que un palomo cojo»), a base de meterse LSD y usar granadas de mano.

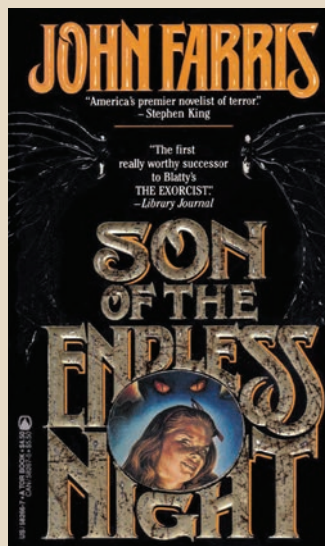
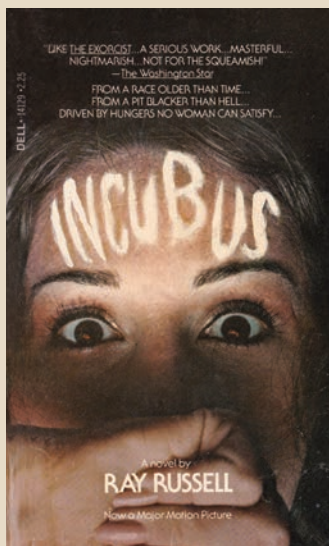
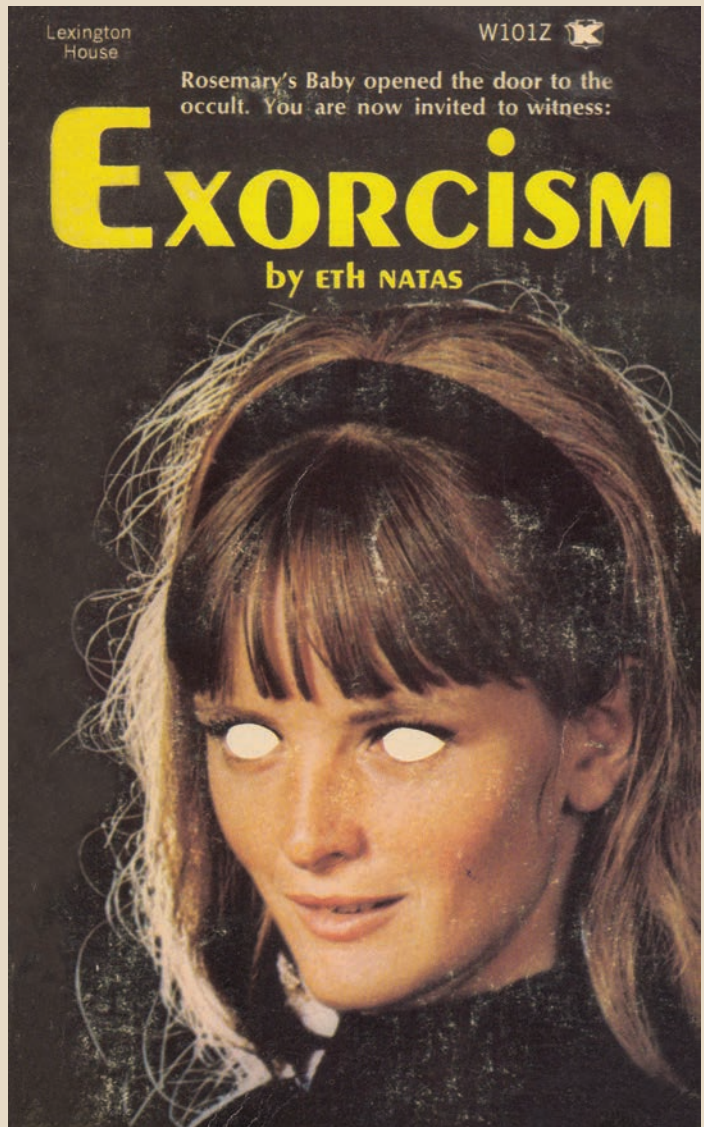
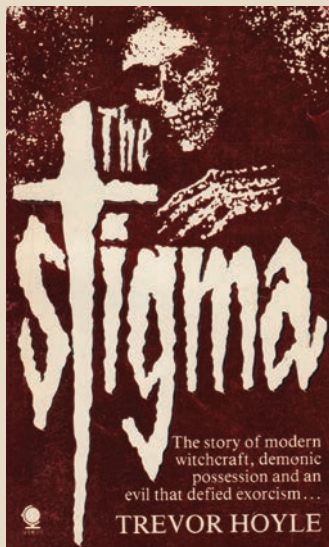
Avallone tenía previstas dos novelas más de *Satan Sleuth*, *Vampires Wild* y *Zombie Depot*, pero Warner Books no se las compró, así que no llegó a escribirlas. Aun así, Philip St. George III vivirá siempre en nuestros corazones y en las mesas de descatalogados.

Satan Sleuth usaba el karate para enfrentarse a los hombres-lobo y dinamita para liquidar con elegancia, pero los diseñadores de moda satánicos estaban obsesionados con las mujeres bajitas.





Las chicas modernas que le dan al LSD son pasarelas al infierno en *Exorcism*, mientras que en *The Stigma* e *Incubus* aparecen demonios con salchichas mortales. *The Succubus* está basada en el caso del misionero mormón maniático, un secuestro que azotó Londres en 1977. *Son of Endless Night* (*El hijo de la noche infinita*) es un *thriller* jurídico satánico y, a pesar de la cubierta, *Dark Advent* es una novela posapocalíptica en la que no aparece Satanás en absoluto.



Llevando el culto a lo oculto

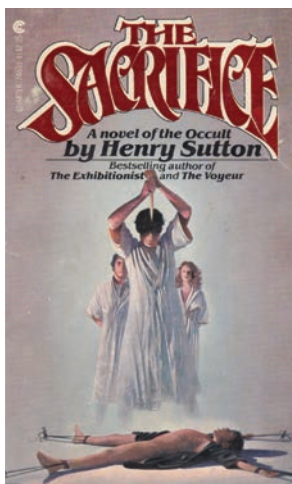
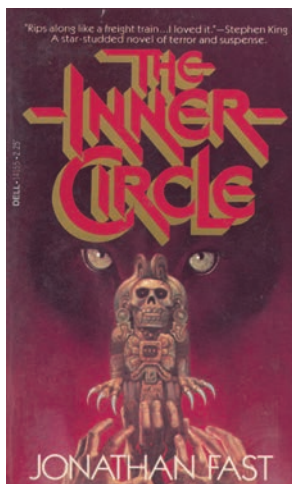
Los asesinatos de Charles Manson de 1968 y el juicio a la familia Manson en 1970 conmovieron de tal forma a Estados Unidos que la gente estaba deseando hincarle el diente a *Helter Skelter*, el libro de 1974 escrito por el fiscal Vincent Bugliosi. En el libro de *true crime* más vendido de la historia, el relato real de la vida de Charlie fue también un regalo para los novelistas de terror porque les proporcionó un antagonista nuevo y muy oportuno: la secta satánica. Hasta entonces, los aquelarres satánicos se reunían en sótanos o claros del bosque, espantando a manotazos a los mosquitos que les revoloteaban por los hábitos negros. Marchaban en círculos, convocando a Satanás como los neoyorquinos llaman a un taxi, mascullando maldiciones y conjuros en un latín que apenas recordaban del instituto.

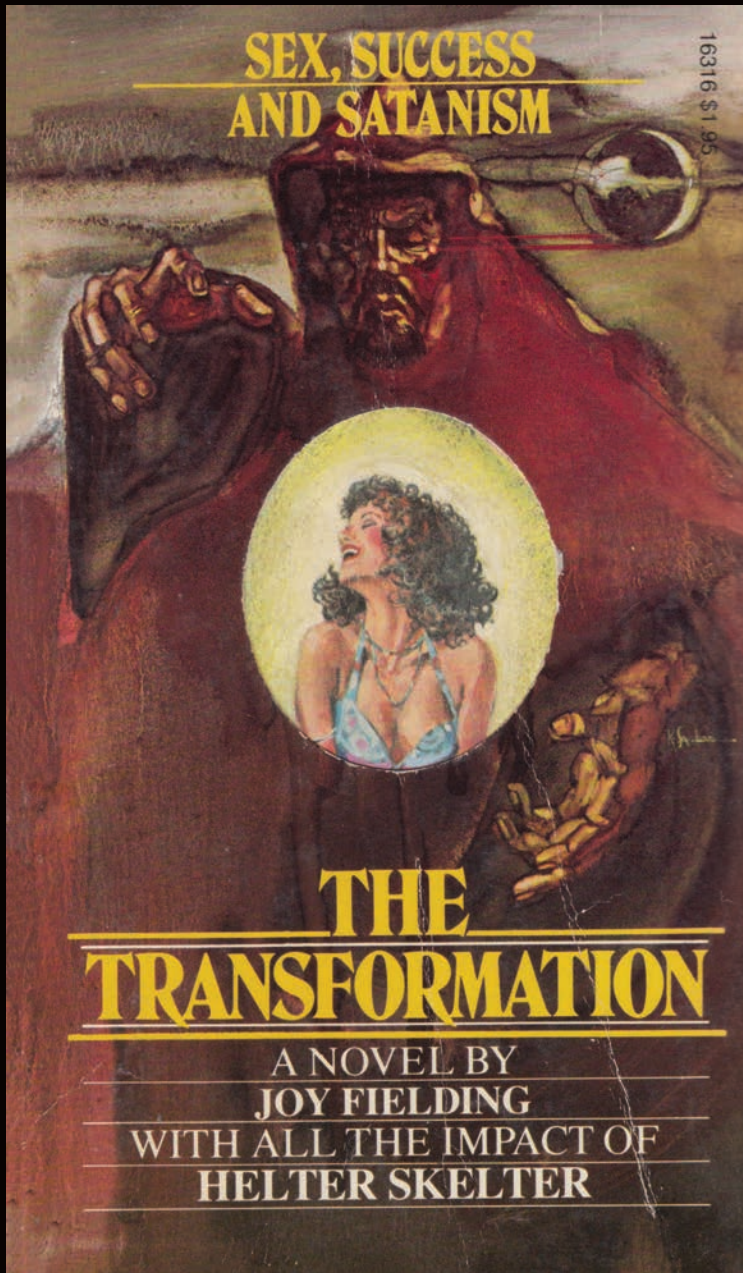
Pero, gracias a *Helter Skelter*, el asesinato ritual se convirtió en el plato fuerte de la temporada social satánica. Pensemos, por ejemplo, en *The Transformation*, de Joy Fielding —novela de la que la autora ya ha renegado desde entonces—, publicada solo cinco años después de que se condenara a muerte a Charles Manson. En ella, unas jóvenes actrices principiantes caen presas del influjo de su gran dios, Tony, que dice lindes como «Si queréis a vuestros familiares, debéis matarlos». Anima a sus glamurosas discípulas a que se cuelen en casas ajenas y hagan caquita en la moqueta. En el punto culminante de la novela, las manda a asesinar a todos los demás personajes principales en un auténtico allanamiento de morada al más asombroso estilo Tate/LaBianca.

En *The Closed Circle*, de Barney Parrish, versiones apenas disimuladas de Robert Redford, Elizabeth Taylor, Ann-Margret y Jackie Gleason, recogen autoestopistas y los asesinan para complacer a Satanás y seguir siendo famosos. Y se habrían ido de rositas, encima, si no fuera por una condenada vidente que está haciendo un curso «universitario» sobre cómo detectar quién sintoniza con tu longitud de onda telepática. En *The Sharing*, una secta de caníbales secuestra a mujeres jóvenes en los barrios ricos de Nueva York y, en *The Sacrifice*, unos ricachones con coderas consiguen hacerse más longevos a costa de sacrificios humanos y solo son derrotados cuando un profesor de Yale, extremadamente fiel, se pone como una furia porque han robado un libro de la biblioteca de la universidad.

Una cosa que tenían en común todas aquellas novelas, además de la devoción fanática hacia las fuerzas de la oscuridad y la fobia a los clubes privados, era que sus personajes eran blancos como la nieve. ¿Es que a Satanás solo le interesaban los blancos? Pues resulta que no.

Las sectas son inclusivas. *The Inner Circle* adora al dios jaguar de los aztecas, Tezcatlipoca.





No pertenecía a la secta de las estrellas de Hollywood obsesionadas con el asesinato, pero desde luego pintó las cubiertas de las novelas de ese género. Tanto *The Transformation* como *The Closed Circle* lucen en sus cubiertas imágenes de Ron Sauber, cuyo trabajo fluido y vaporoso era uno de los favoritos de los directores artísticos. Sauber nació y se educó en California, y se mudó a Nueva York en 1979. Llegó en Halloween y empezó a trabajar casi de inmediato para clientes que iban de la revista *Twilight Zone* a editoriales de libros infantiles. Más adelante se dedicó a pintar placas coleccionables (en las que probablemente no se veían actividades de sectas) por las que obtuvo un gran reconocimiento.

Satanás despierta

En 1971 otro derecho a la cultura pop remodeló la era cuando un par de películas de bajo presupuesto, *Sweet Sweetback's Baadasssss Song* y *Shaft* recaudaron millones en taquilla. ¡Había nacido la *blaxploitation*! Preparada para subirse al carro estaba Holloway House, una editorial chapucera fundada por dos publicistas blancos de Hollywood en 1959. La compañía cambió radicalmente de dirección tras los disturbios de Watts en 1965, cuando la directiva vio un público desatendido entre las cenizas y empezó a sacar ediciones de bolsillo en masa para los lectores afroamericanos.

Holloway House se llevaba con la ética del pirata Barbanegra y sus autores más destacados, como Iceberg Slim y Donald Goines, ganaban calderilla mientras que los editores se forraban. La empresa publicaba doce revistas, entre las que se encontraba *Players*, una versión afroamericana de *Playboy* que constituyó un inmenso éxito económico y que, durante un tiempo, sirvió de tribuna improvisada del abolicionismo. Hasta que los jefes leyeron uno de los números e insistieron en retirar todos los artículos de índole política y hacer que las modelos parecieran lo más blancas posible.

A Joseph Nazel, autor, activista y periodista responsable de *Players* durante un año, le repateó todo aquello. Amorrándose a la botella de Jack Daniels y con una pistola en el cajón del escritorio, desató un tornado de ficción *pulp* en un arrebatado, todo ello publicado por Holloway House. Nazel, que era capaz de producir un libro cada seis semanas, escribió novelizaciones de películas sobre *blaxploitation* como *Black Gesto* y un *pulp* crudo como *Black Fury*. Y jamás, que se sepa, envió ni un solo manuscrito a ninguna otra editorial, sino que permaneció extrañamente fiel a quienes menos valoraban su talento. En aquel arrebatado productivo, Nazel tuvo una versión abolicionista de *El exorcista* preparada para asaltar las librerías nueve meses después del estreno en cines de la película: *The Black Exorcist*.

Barbados Sam y su chica, Sheila, son el sumo sacerdote y la suma sacerdotisa de una secta de vudú satánico de las afueras de Los Ángeles. Su discurso promocional era sencillo: «¿Qué cojones habían hecho por ellos aquel falso dios blanco y aquella religión de pacotilla para blancuchos?». Sin embargo, paradojas de la vida, la secta resulta ser una tapadera de la mafia con la que Barbados Sam y Sheila obligan a los verdaderos creyentes a asesinar a mafiosos. Sam y Sheila rezuman fiasco por todos sus poros, hasta que asesinan a un traidor de la secta —y posible confidente de la policía—. A Sheila se le ponen los ojos de un verde fosforescente y se revela poseída por el auténtico Satanás. «Había llegado el momento de dejar atrás el asesinato a sueldo. Era hora de la masacre arbitraria», dice con entusiasmo el Señor Oscuro, mientras soñaba con una guerra racial.

En el bando opuesto se encuentra el negro justo, el reverendo Roger Lee, pastor auxiliar de la Iglesia de la Resurrección de Cristo, que era un proxeneta de los que hacen la calle hasta que encontró a Dios. A Sheila le salen pezuñas e intenta seducir a Lee; cuando le falla la estrategia, se acucilla para orinar en la Sagrada Biblia del reverendo y él le da unos azotes con el cinturón en el culo desnudo y la echa a la calle. Entretanto, un miembro joven de la secta, que intenta quitarse por todos los medios el hábito satánico, tira a su abuela por la ventana de la tercera planta de un hospital.

Nazel le levanta algunos chascarrillos a *El exorcista* y les da una capa rápida de mugre cutre de gueto, y hay un montón de relleno, porque las mamás se pasan cinco páginas llorando la muerte de sus bebés. Pero Nazel era un afroamericano muy vinculado a su comunidad, y por eso *The Black Exorcist* da una imagen muy real de la vida en las calles de Los Ángeles. Y cualquier novela que nos ofrezca un clímax en el que al protagonista

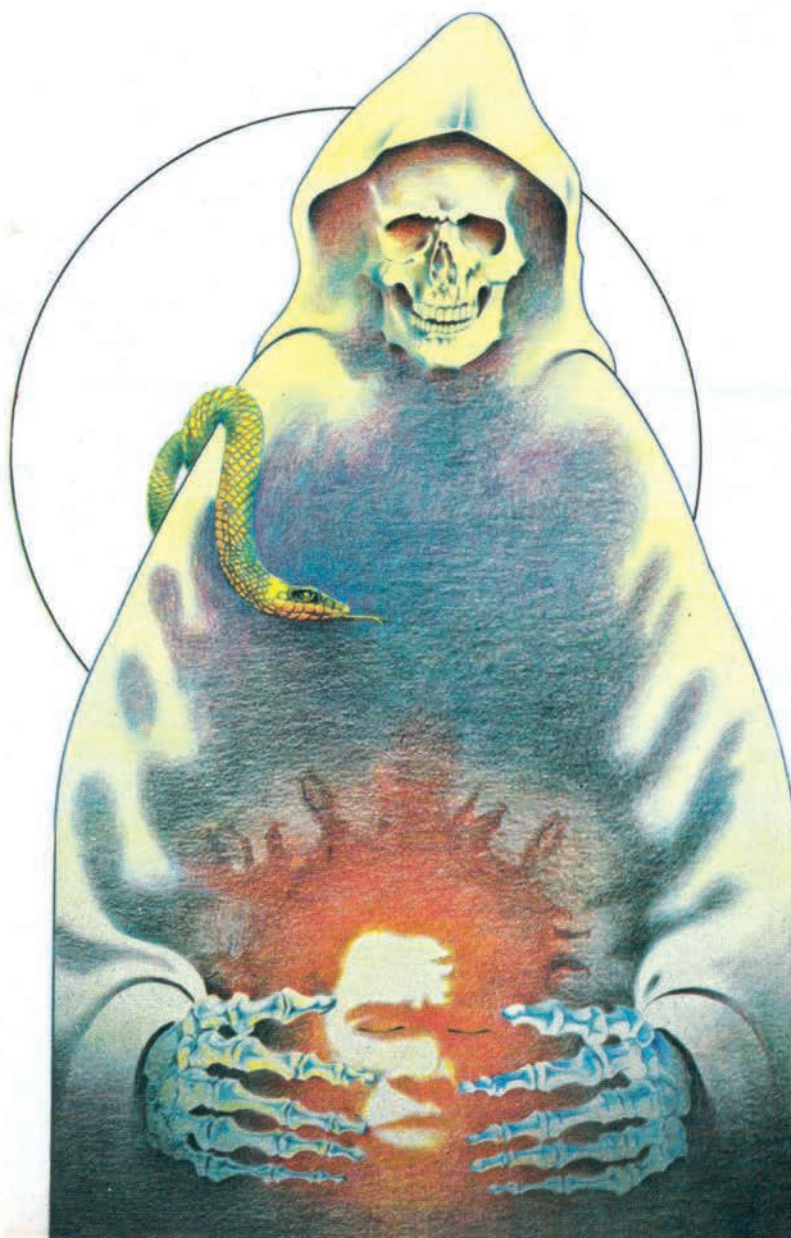
Holloway House publicó solo otras dos novelas de terror: *Devil Dolls* y *The Rootworker*.

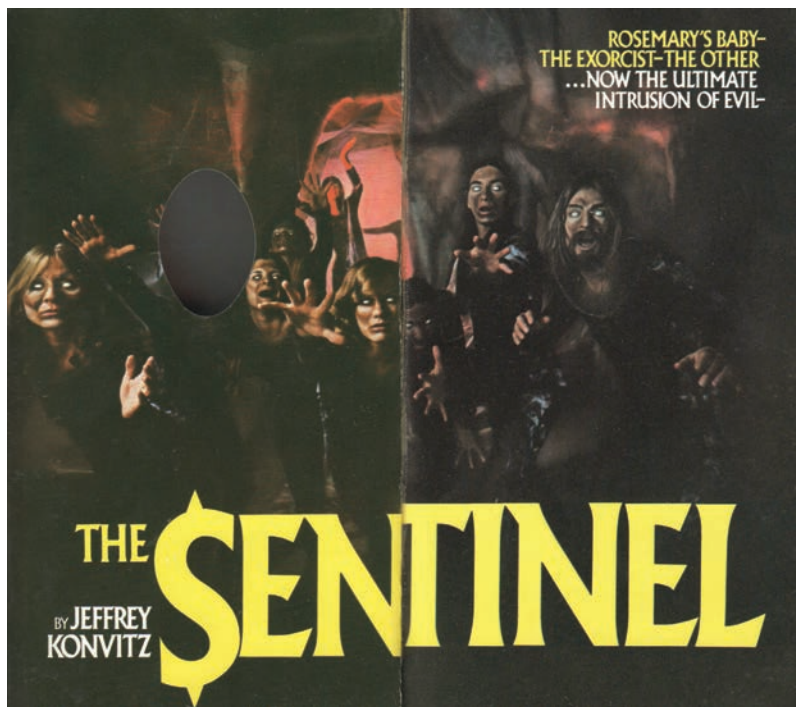
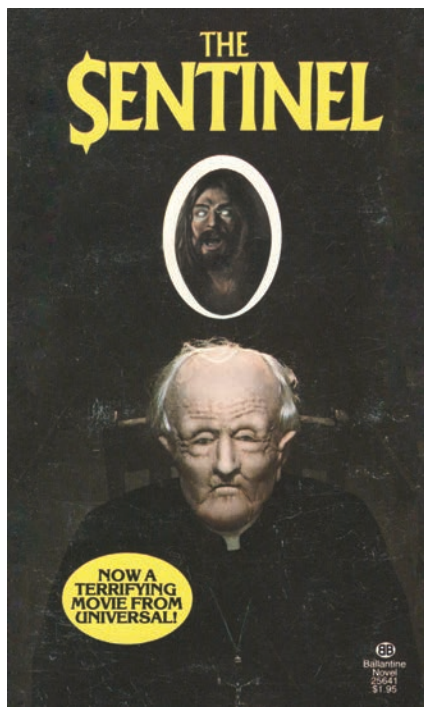
BH463 **\$150**

The Black Exorcist

Voodoo rituals and human sacrifices
spawned by a cult of Black devil worshippers grips
a town in a nightmare of terror!

by **JOSEPH NAZEL**





lo matan a puñaladas por sus cánticos sectarios, «¡El blanco es el color de la muerte! ¡El negro es vida y poder!», sabe cómo darle de lo bueno a su pequeño rincón del mercado literario.

Calentito bajo el alzacuello

Los lectores estaban ávidos de novelas sobre católicos espeluznantes. A raíz de *El exorcista*, los editores de novela en tapa blanda reclamaron «¡Mandadnos más curas!». Y, mira tú por dónde, las librerías se llenaron de clérigos demoníacos y monjas que daban miedo.

Porque, en 1974, nos llegaron tres novelas de terror: *The Black Exorcist* (página anterior), *The Search for Joseph Tully* (*El reencarnado*) y *The Sentinel* (*El centinela*). Como ya he dicho, *The Black Exorcist* es un disparate de la costa este de estilo propio, mientras que *El reencarnado* y *El centinela* están ambientadas en edificios de pisos aislados de barrios desolados de Nueva York. *El reencarnado* se convirtió en un clásico de culto que conjuraba una atmósfera de sombría Gotham gótica y producía un agujonazo aún potente. Pero *El centinela* fue un auténtico filón gracias al éxito moderado de la versión cinematográfica (*La centinela*, ya que en la versión audiovisual cambiaron el artículo), que contaba con un reparto estelar —¡John Carradine era el padre Halloran! ¡Burgess Meredith era Charles Chazen! ¡Christopher Walken hacía de inspector Rizzo! ¡Jeff Goldblum, de Jack! ¡Y Ava Gardner era «la lesbiana»!—. Además, contaba con un infierno urbano asqueroso, cortesía del director, Michael *Death Wish* Winner, y un célebre clímax en el que las puertas del averno se abren de golpe y vomitan una legión de demonios interpretados por monstruos de segunda, actores con discapacidades y amputados.

El centinela, que invoca en su cubierta interior a la santísima trinidad de *El exorcista*, *La semilla del diablo* y *El otro*, cuenta la historia de Alison Parker, una supermodelo de Nueva York a la que, como a todas las mujeres guapas de la literatura de bolsillo de los setenta, atormenta un pasado oscuro.



En *The Guardian* había mucha acción, guerra psíquica y sesiones de espiritismo que salían mal, pero el trillado giro de pánico transexual la dejó más plana que una hostia de comunión.

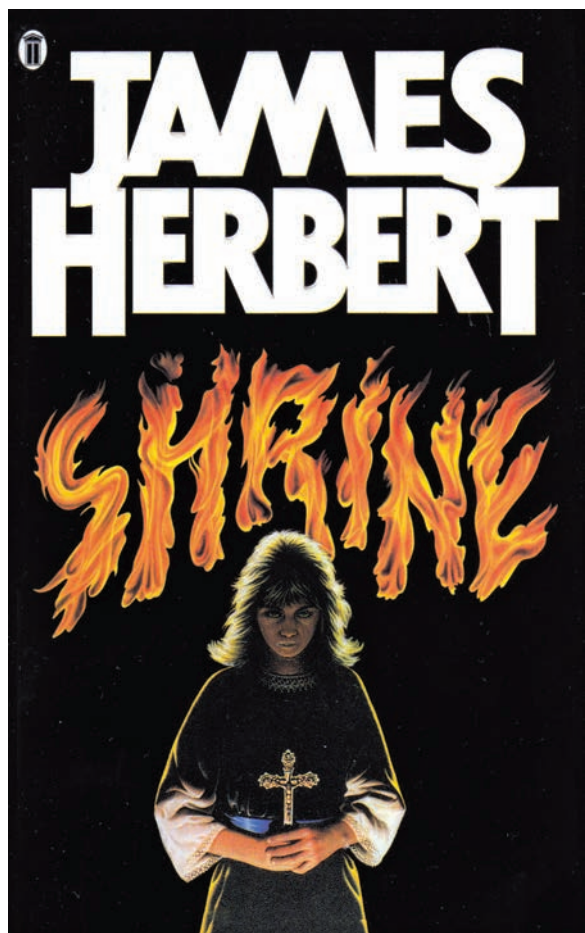
Tras volar a su ciudad natal para asistir al funeral de papá, Alison regresa a Nueva York, decidida a empezar de cero, mudarse a un piso propio y olvidarse de los pecados del pasado. Encuentra una vivienda de ensueño en una antigua casa de piedra rojiza que viene ya con sus muebles antiguos y sus vecinos raritos, como el adorable anciano metomentodo de Charles Chazen y su gato blanco y negro, Jezebel; las lesbianas noruegas del 2A; y el padre Halloran, que se pasa el día sentado en su piso sin amueblar de la última planta, mirando al infinito por la ventana.

Después del susto que le dan sus vecinas lesbianas («Masturbación y lesbianismo..., ¡delante de mí!»), Alison empieza a desmayarse aleatoriamente. Un médico desvela el secreto oscuro que se oculta tras sus múltiples intentos de suicidio: de pequeña, sorprendió a su padre en pleno acto sexual... ¡con dos mujeres a la vez! Ella salió corriendo, pero su padre la persiguió e intentó estrangularla con la cadena de un crucifijo, lo que le provocó una serie de desmayos y vomitonas que no terminaron hasta que ella le dio una patada en los cataplines y renunció a la Iglesia.

Lo que pasa a continuación es que a Alison la ataca el fantasma desnudo de su padre, se vuelve medio loca y su amante la encierra en un loquero, como cuando los señores rurales del siglo XVIII encadenaban a sus esposas en el desván. Tras su liberación, Alison pierde por completo la cordura al enfrentarse a la agente inmobiliaria que le alquila el piso: «Pero, Alison, ¡si en ese edificio no vivís más que el padre Halloran y tú!», le suelta.

Alison tenía todas las de perder, gracias a una conspiración católica para convertirla en el reemplazo del padre Halloran. El pobre hombre está listo para jubilarse de su cargo de guardián de las puertas del infierno, que, mira tú por dónde, se encuentran oportunamente ubicadas en esa deliciosa mansión de piedra rojiza con detalles de época. La novela termina cuando Alison se hace cargo del empleo y tiran la mansión para convertirla en pisos de lujo, algo que suena a chiste fácil hasta que, un par de años después de la película, Konvitz escribió una secuela, *The Guardian* (1979), ambientada en ese mismo rascacielos.

A los lectores les fascinaba, sobre todo, el celibato sacerdotal. Seguramente pensaban que la negación total del sexo debía de enmascarar una perversión absoluta. *In*



Cincuenta millones de católicos estadounidenses se convirtieron en una audiencia predispuesta a escuchar historias despiadadas de curas que se enfrentan a Satanás (*In the Name of the Father* —*En el nombre del padre*—), sectas heréticas (*The Night Church*) y niños poseídos (*Shrine* —*Santuario*—).

James Herbert, incondicional del género de terror, le puso las pilas a la Iglesia católica en *Shrine* (*Santuario*): una niña muda obra milagros y, cuando te quieres dar cuenta, los santos padres están ignorando a las monjas que asustan, a los fantasmas y a imágenes animadas de la virgen María, y desviviéndose, en cambio, por llamar la atención de los medios. Aquí a la Iglesia le preocupa menos socorrer a los pobres que reclutar nuevos feligreses con los que llenar los bancos vacíos, por lo que a los curas los pilla completamente por sorpresa que la mudita, al final, esté poseída no por el Espíritu Santo, sino por el fantasma de otra bruja inglesa asesinada. Se trata de una cagada teológica que solo se resuelve cuando un ejército de zombis sale de las tumbas durante una sesión de sanación televisada y asesina a prácticamente todo el mundo en vivo y en directo.

En 1978, durante el papado de treinta y tres días de Juan Pablo I, la Iglesia católica eligió a su primer papa no italiano en cuatrocientos años. El papa Juan Pablo II se convirtió inmediatamente en una celebridad internacional que atraía multitudes allá donde fuera. La fascinación por la actividad sexual de los curas se mezcló con la adoración por Juan Pablo II en *Dark Angel*, la novela subidita de tono de 1982

the Name of the Father (*En el nombre del padre*), de John Zodrow, se revuelca en ese punto óptimo en el que la fascinación se confunde con el fetichismo. Peter Stamp es el cura más joven de la historia de la Iglesia y lo atormenta su celibato, por lo que se flagela en privado y no para de hacer ejercicio para quemar su peligrosa energía sexual. El padre Stamp, que es capaz de encontrar milagrosamente agua en países azotados por la sequía, aboga de forma incansable por la liberación de los pueblos oprimidos. Pero los lectores listos le pillarán enseguida las mentiras. Resulta que todo ese discurso de Stamp sobre la liberación de Centroamérica y de Oriente Medio esconde sus verdaderas intenciones: es el antipapa, cuya teología marxista liberal destruirá la Iglesia y traerá el apocalipsis.

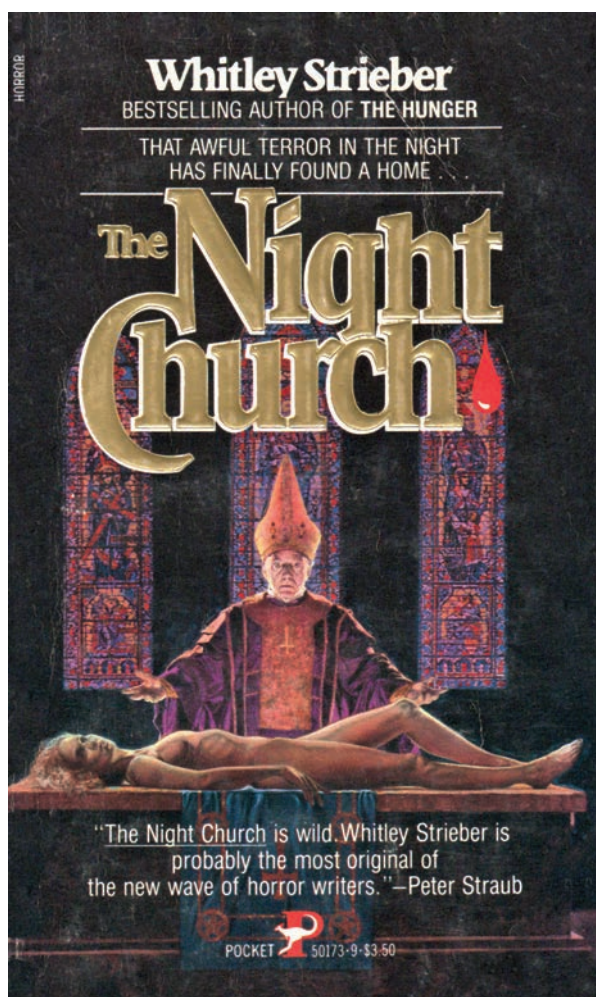
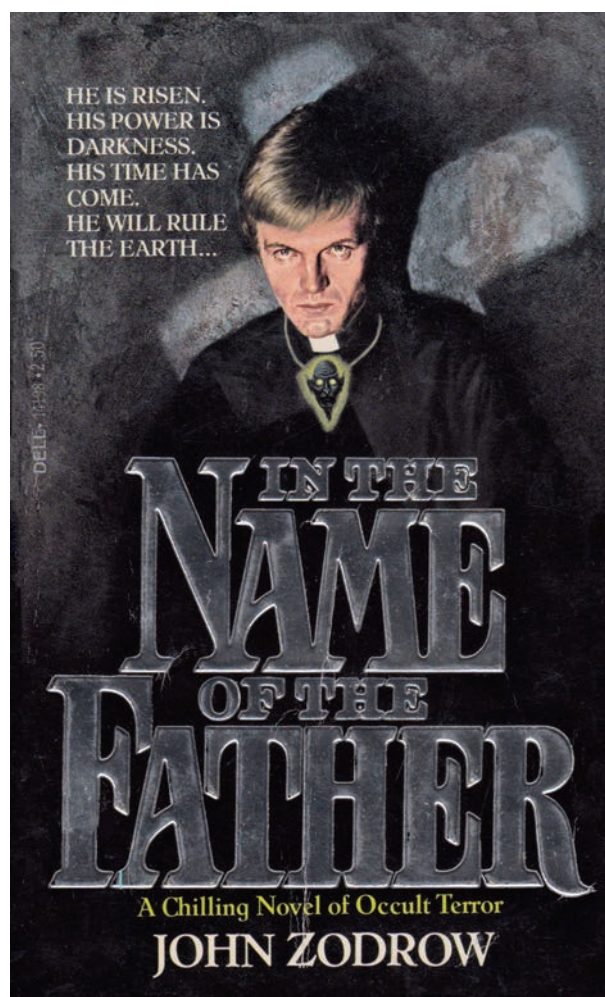
Las luchas intestinas del Vaticano del mundo real siempre dan mucho juego. En *The Night Church*, de Whitley Streiber, se pinta una Iglesia católica dividida entre la secta secreta de los cátaros, que están criando al antihombre para que borre del mapa al *Homo sapiens*, y los últimos vestigios de la Inquisición, que se sirven de espantosas torturas con soplete para cargarse a los cátaros antes de que sus súbditos de seso sorbido provoquen la extinción de la humanidad.

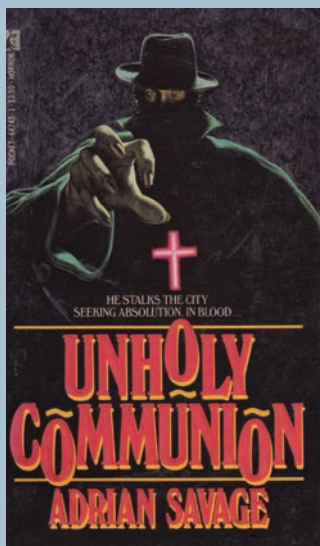
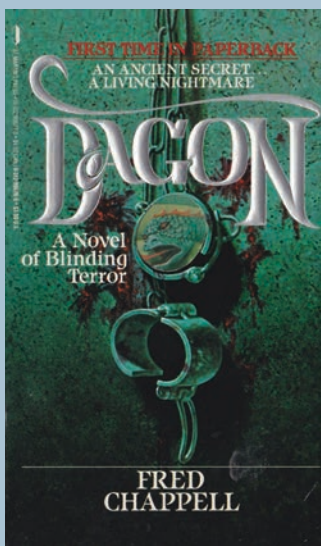
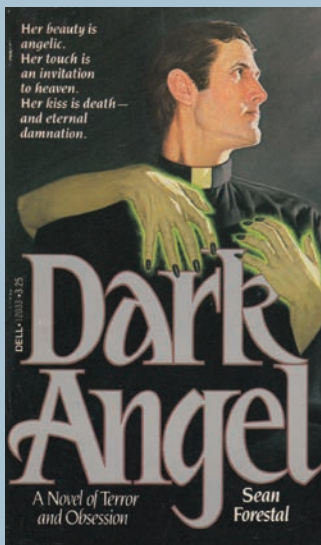
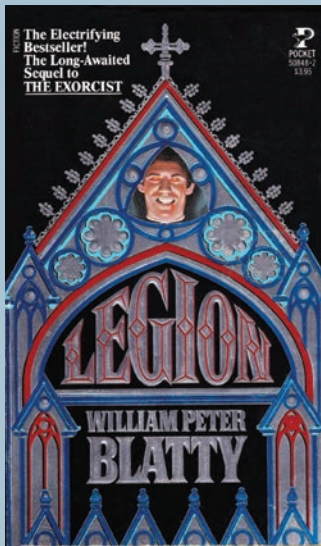
que cuenta la historia de cómo al papa lo acosa un súcubo hambriento de carne y cómo un cura solitario de origen «irlandoamericano» lo arriesga todo por aplacar la sed insaciable de carne humana de la demonia y salvar el celibato de Juan Pablo.

Joe O'Meara, un crío duro irlandés nacido de obreros de la metalurgia de Pensilvania, se convierte en una estrella del fútbol universitario conocida como «el Lobo» antes de entrar en el seminario de Boston. Entonces se hace aparcacoches y guardaespaldas del cardenal Ricci, la mano derecha del papa, al que asesina un súcubo en la ciudad del Vaticano. ¡Vaya por Dios!

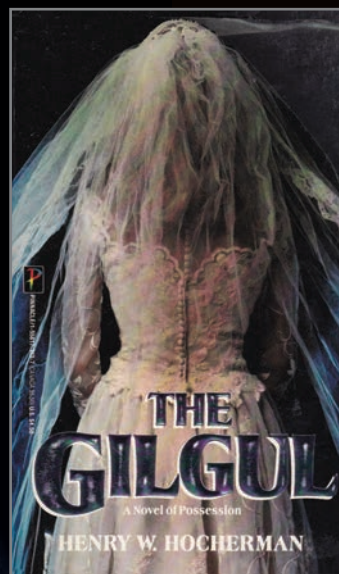
Dark Angel, repleta de capullos en flor y pesadillas tremendas en las que monjas embarazadísimas dan a luz a monstruos garrudos con la cara del cardenal Ricci, se desarrolla en un estado de histeria máxima. En cuanto al súcubo, Angela Tansa, conduce Porsches y debe tener relaciones sexuales cada siete días para seguir viva. Su último Romeo es un rancio aristócrata europeo que dice cosas como «¡Te voy a quitar la gordura a polvos!» mientras Angela zampa alcachofas y comida mexicana... ¡porque lleva en su vientre el bebé del cardenal Ricci!

Esta es la clase de novela en la que el cura resiste la tentación de la carne clavándose una uña en la mano, la gente vomita el alma en el retrete y los súcubos rezuman leche materna de color negro. Y, cuando Joe descubre que solo se puede destruir al súcubo decapitándolo en el momento del orgasmo, sabes que la historia se les va a ir tanto de las manos que va a salir volando.

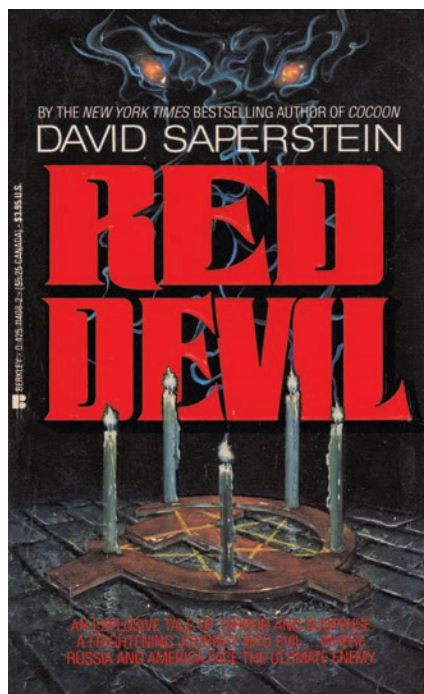
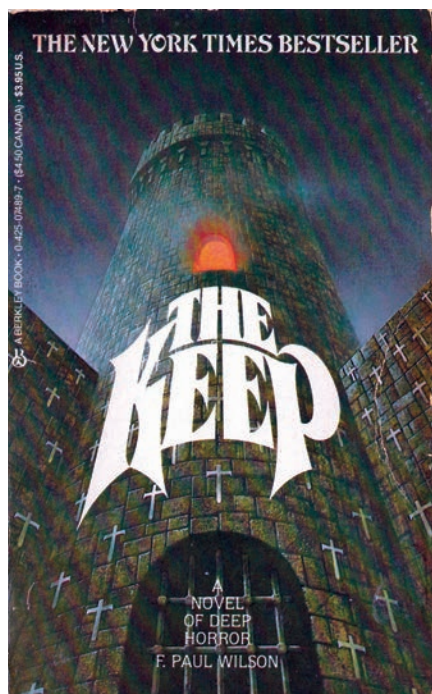




Los curas católicos quedaban tan bien en las cubiertas que daba igual lo que hubiera dentro. Las secuelas de *El exorcista* de William Peter Blatty, *La novena configuración* y *Legión*, eran bastante católicas, y *Unholy Communion* trataba sobre un cura que se convierte en un hombre lobo cachondo. Pero *Dagon* era una novela gótica sureña inspirada en H. P. Lovecraft.



Jim Thiesen es famoso por sus cubiertas completamente pintadas y hermosamente texturizadas para autores como Brian Lumley y Chelsea Quinn Yarbro. También se lo conoce por su trabajo en las reimpresiones de Doubleday de las cuatro primeras novelas de Stephen King y su icónica cubierta inspirada en H. R. Giger para *I Am Legend* (*Soy leyenda*), de Richard Matheson (que Tor recortó, emborronó digitalmente y alteró, para consternación máxima de Thiesen). Pero nada puede alterar el poderío de su cubierta de *The Gilgul*, basada en una cabeza monstruosa que él mismo esculpió, iluminó y fotografió. No hay nada semejante en toda la literatura de bolsillo y, desde luego, constituye una labor asombrosa de tremendo genio terrorífico.



Un historiador judío y un antiguo mal luchan contra los nazis en *The Keep* (*La fortaleza*), que tuvo cinco secuelas, mientras que, en *Red Devil*, la KGB y el Mossad aúnan fuerzas contra Satanás.

Una del gólem A, una del gólem B

Los católicos no acaparaban toda la diversión terrorífica. El terror judío constituye un subconjunto pequeño, pero fuerte, del *boom* de la literatura de terror de bolsillo. De hecho, este minúsculo enclave étnico se supera a sí mismo e incluye una de las mejores cubiertas de la década, así como una de las mejores novelas de todo el *boom*. Hasta *The Keep* (*La fortaleza*), de F. Paul Wilson, consiguió que el magnate de Hollywood Michael Mann la llevara a la gran pantalla con buen presupuesto. Pero fue *The Gilgul*, de Henry Hocherman, la que triunfó en librerías gracias a su asombrosa cubierta (página 37).

Sin embargo, la novela no está a la altura de lo que promete su cubierta. Honra las hermosas tradiciones de los judíos con la historia de una novia joven poseída que rocía sangre con los pezones. Cuando su futuro esposo la ve follarse con el dedo a una enfermera en el loquero del barrio, se pira a Miami a darle al Jack Daniels y a cepillarse a todas las fulanas que se encuentra. El recuerdo del Holocausto se evoca en una escena conmovedora en la que un ejército de víctimas de los campos de concentración de judíos vuelve de entre los muertos en el salón de una vivienda de Bay Shore y asciende a los cielos mientras canta. Y a un psiquiatra estadounidense lo atan y le inyectan sangre contaminada por el VIH dos de sus pacientes, un puertorriqueño bisexual y un proxeneta negro, después de curiosear en sus anotaciones y ver una que dice que los que pillan el sida es porque no tienen el autocontrol suficiente como para ponerse un condón —no te extrañe; eran los ochenta—.

El *thriller* de David Saperstein ambientado en la Guerra Fría, *Red Devil*, que salió a la venta el mismo año en que cayó el Muro de Berlín y la Unión Soviética empezó a desintegrarse, es una novela que no le apetecía a nadie. La premisa: Satanás —en realidad Shaitan, el genio árabe que se negó a arrodillarse ante Adán— pasa de los nazis cuando pierden la Segunda Guerra Mundial y adopta la identidad de un oficial de inteligencia soviético. En su papel de oficial de alto rango, Shaitan recluta a un equipo de fieles adoradores del diablo y organiza un golpe. Depende de una banda

de leales agentes del KGB, aliados con la inteligencia israelí, armarse con *supershofars* que revienten a los espías demoníacos y evitar así la Tercera Guerra Mundial.

Red Devil es un campo *yiddish* en plena Guerra Fría de primer orden, pero parece el *kugel* frío de ayer al lado de la supersentida canción de amor a los inmigrantes de *The Tribe*, escrita por Bari Wood. Wood empezó su carrera como editora del diario médico *CA: A Cancer Journal for Clinicians*, que parece el trabajo más deprimente del mundo. Luego tuvo éxitos como *Twins* (*Los gemelos*) (1977), adaptada al cine por David Cronenberg en *Inseparables* (1988), y *Doll's Eyes* (1993), que terminó siendo *In Dreams* (1999) en la versión cinematográfica de Neil Jordan.

La secuencia inicial de *The Tribe* tiene todas las papeletas para descorazonar a los lectores: un prólogo ambientado en la Segunda Guerra Mundial. En Núremberg. Si has leído cinco novelas de terror de los ochenta, has leído cuatro prólogos ambientados en la Segunda Guerra Mundial. Pero este plantea una pregunta cuya respuesta resulta intrigante: ¿cómo es que los judíos del barracón 554 del campo de concentración de Belzec sobrevivieron a la guerra mientras los oficiales de las SS que los vigilaban murieron de hambre?

Nos trasladamos a Brooklyn, 1981. En Flatbush Avenue, a un profesor de filosofía judío, llamado Adam Levy, lo mata a puñaladas una pandilla de críos imberbes. A su mejor amigo, Roger Hawkins, un poli afroamericano en auge, le corresponde la penosa tarea de comunicarle a la familia la muerte de su hijo. Roger y Adam son como hermanos, y su padre adoptivo es Jacob Levy, el padre de Adam, que sobrevivió a Belzec y de pronto es el venerado anciano de un grupo muy unido de supervivientes del Holocausto que, por desgracia, odian a Roger porque es negro. Antes de que Roger pueda localizar a los críos que han asesinado a Adam, un desconocido enorme los hace pedazos. Roger sospecha que los supervivientes tienen algo que ver, pero sus sospechas hacen que Jacob y Rachel, la viuda de Adam, se distancien.

Años después, los Levy han cambiado Brooklyn por Long Island y están criando al hijo de Adam en la periferia. Pero, cuando una familia negra se muda al vecindario, los propietarios judíos temen que sus fincas vayan a devaluarse considerablemente. Entonces un desconocido enorme comete otro asesinato que deja hechas trizas a sus víctimas afroamericanas. De pronto, el pasado empieza a brotar del suelo: el asesinato de Adam, Brooklyn, Belzec, el barracón 554, hasta el pueblecito de Dabrowa en el que nació Jacob Levy. La guerra no terminó y ha arrastrado su cadáver apestoso hasta Long Island.

Es una novela sobre tribus —las familias encontradas que, espalda con espalda, se defienden de sus invasores— y sobre lo tóxicas que pueden resultar. Además, es una novela de notas elegantes y de detalles. El frasco de perfume cuyo aroma sigue presidiendo un garaje treinta y cinco años después. Una cortina de flores anómala que se vuelve amenazante a medida que el lector va descubriendo lo que oculta. Y un hombre asesinado que, mientras lo apuñalan en Nostrand Avenue, no piensa en defenderse, sino en un viaje que hizo una vez con



The Tribe, una auténtica novela neoyorquina, trata de la gentrificación, del deterioro urbanístico y de los superrabinos.

su mujer. En el aspecto que ella tenía, remando con torpeza en la proa. En su perfil cuando se volvió a mirarlo. Se está muriendo y no puede pensar más que en aquella tarde perfectísima de hace muchísimo tiempo.

¡Bienvenidos al país del porno!

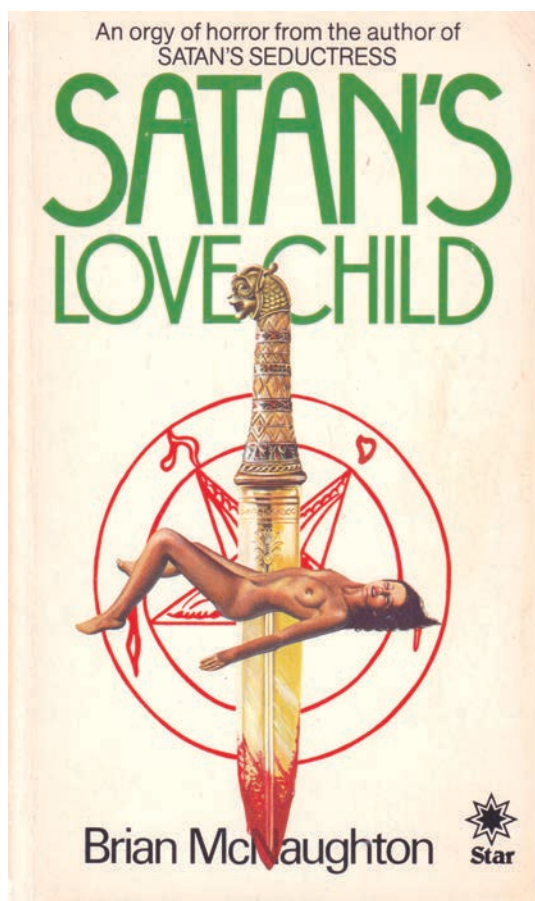
Estas tres novelas las publicó Carlyle, el sello algo más respetable de Beeline Books, que publicaba novelas claramente guarras y sin tapujos como *Paris Sex Circus*, *The Wife Who Liked to Watch* y *High School Orgy Society*. Pero, en 1977, los editores vieron las novelas de terror en los estantes de todos los supermercados y le pidieron a uno de sus autores, Brian McNaughton, que plagiera el éxito reciente de *The Omen* (*La profecía*). Cuando entregó el manuscrito sin sexo, el jefe de la compañía le ordenó que añadiera más «tetas temblonas» y «pichas agitadas».

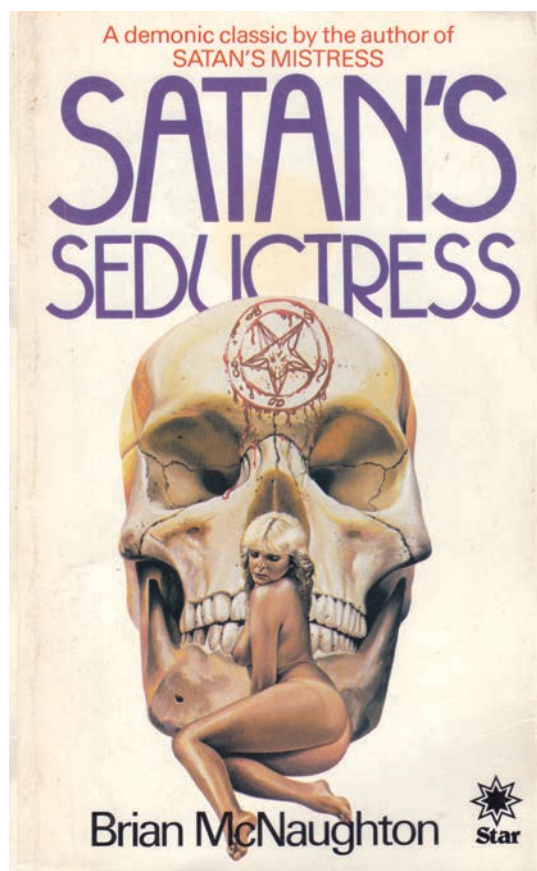
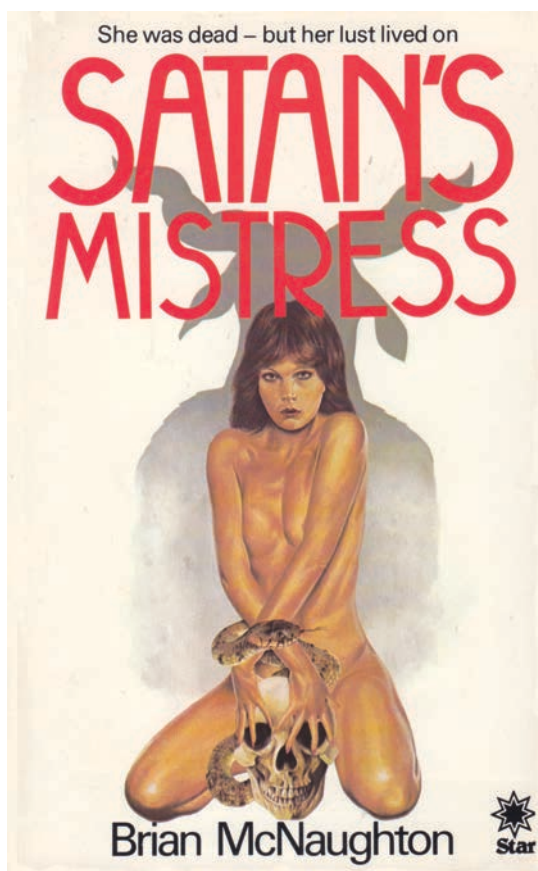
En *Satan's Love Child*, Marcia Creighton trabaja como periodista en un diario pequeño de Nueva Jersey, feliz de llevar una vida normal después de pasarse la adolescencia en una secta de amor *hippie*, asistiendo a orgías satánicas que prefiere olvidar. Ahora es madre de tres niños y todo le va bien, salvo por su marido egoísta y alcohólico, el perro negro de la familia, Lucifer, que ha desaparecido, y un cadáver que deambula por el depósito local. Pero, oye, tampoco es tan raro en Nueva Jersey. Entonces un puñado de *hippies* se muda a la zona y, cuando te quieres dar cuenta, la hija mayor de Marcia está entrando en trance y teniendo pesadillas. Aparecen monstruos invisibles, muere gente, hay mucho sexo y... en el fondo es estupendo.

Las escenas explícitas de sexo son un corta y pega tan descarado que apenas eclipsan la visión cósmica agrietada de McNaughton. Y es que esos *hippies* no pretenden convocar a Satanás. Adoran a las brujas atrapadas en la cuarta dimensión. Descritas como «dioses mayores», son primos hermanos de los «dioses ancestrales» de H. P. Lovecraft, y el argumento se enrosca como una culebra mientras se empeñan en entrar en nuestro plano terrenal.

Satan's Love Child fue uno de los títulos más vendidos de Carlyle y la editorial enseguida dio luz verde a otros dos, esa vez concediéndole a McNaughton libertad absoluta. En *Satan's Mistress* y *Satan's Seductress* apenas hay sexo; se enredan la una en la cronología de la otra, con ecos de *Mistress* que reverberan en *Seductress* de una forma del todo magistral, si es que se puede calificar de «magistral» una novela en la que aparecen tantos monstruos babosos de otras dimensiones.

El tema principal de McNaughton son las familias desestructuradas, presididas por unos padres horribles que han dejado



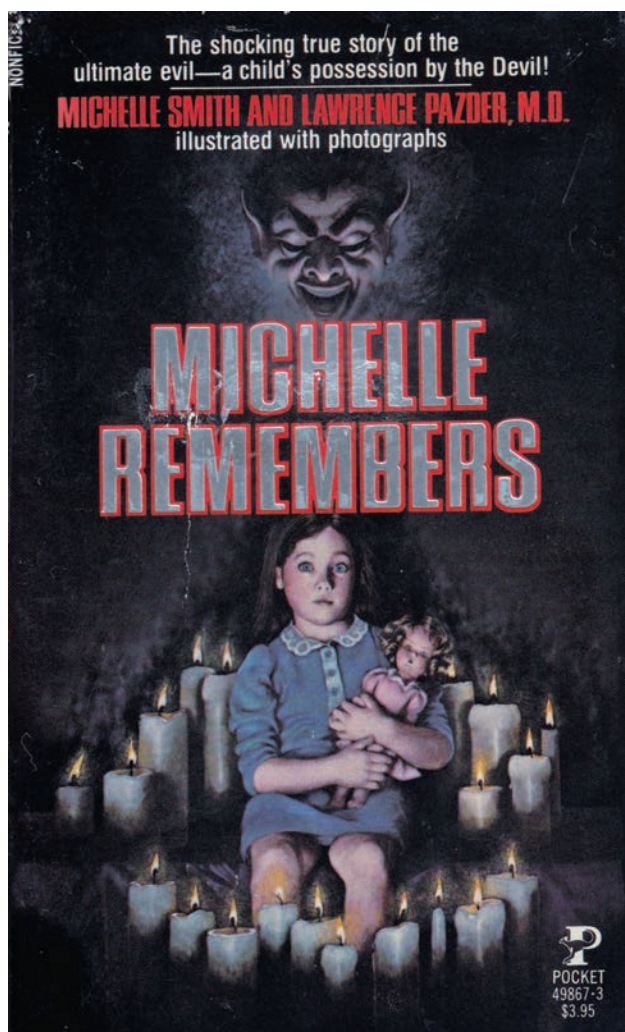
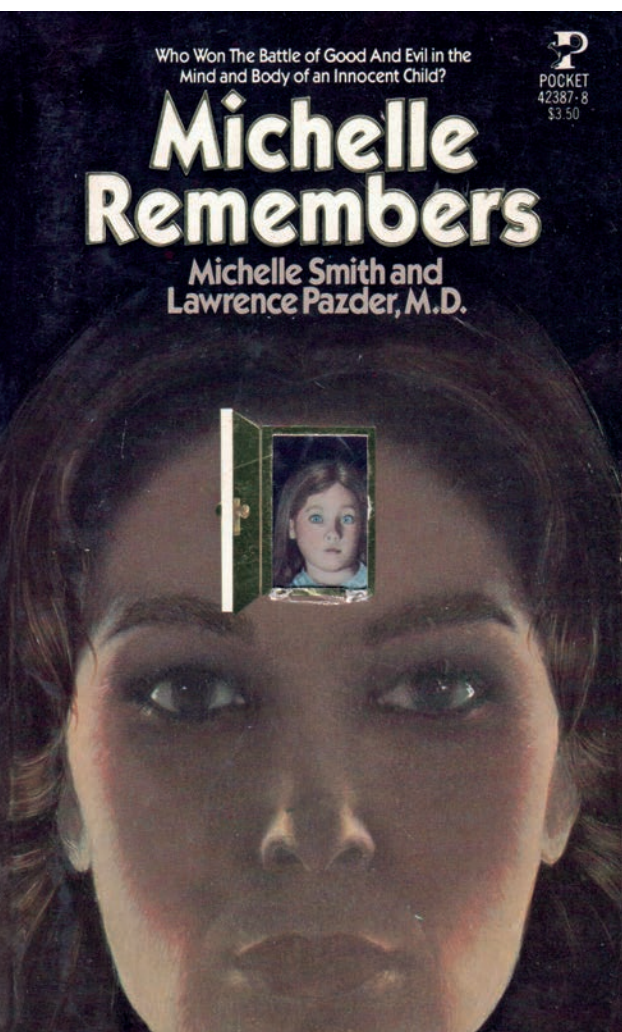


de querer criar a sus hijos, un poco como *The Ice Storm*, de Rick Moody, pero con más *shoggoths*. En *Satan's Mistress* tenemos a otra ama de casa *hippie*, otro marido asqueroso, una «conspiración de académicos, literatos y físicos teóricos» que ocultan la verdad sobre las brujas de la cuarta dimensión y las matanzas. *Satan's Seductress* continúa la historia unos años más tarde, cuando una superviviente de la masacre máxima de *Mistress* vuelve a casa e intenta recoger con cuidado los pedazos de su vida rota. Entonces el tiempo corre en bucle, resucitan las brujas, y las novelas dentro de novelas hacen añicos la delicada recuperación de la protagonista, recordándonos que McNaughton escribe sobre un universo lovecraftiano que no tiene compasión con los seres humanos frágiles y sus mezquinas emociones.

El corazón helado que constituye el centro de las obras maestras de ficción basura de McNaughton es el nuevo mundo prometido por el anciano dios Zurvan, que hará desaparecer todos los contrastes y las contradicciones, y convertirá la Tierra en un planeta sin cárceles ni hospitales psiquiátricos ni oscuridad ni guerra. Suena bien, hasta que caes en la cuenta de que también va a suprimir la diferencia entre el bien y el mal, que se difuminará el límite entre la vida y la muerte, y que ya no habrá más libertad, porque será también esclavitud.

Zurvan es un vampiro de la esencia de la vida, el gran nivelador, el igualador. Es la máxima expresión del verano del amor *hippie*: la pérdida del yo, el destructor del conflicto. Representa el miedo existente en el corazón de las novelas de sectas satánicas y posesiones, el miedo a perder nuestra identidad individual para convertirnos en esclavos de la voluntad de otro. Tómate una Coca-Cola y sonríe, que ha llegado Zurvan.

El cuarto libro de la serie, *Satan's Surrogate*, llevó la experiencia literaria de McNaughton a sus límites alucinatorios.



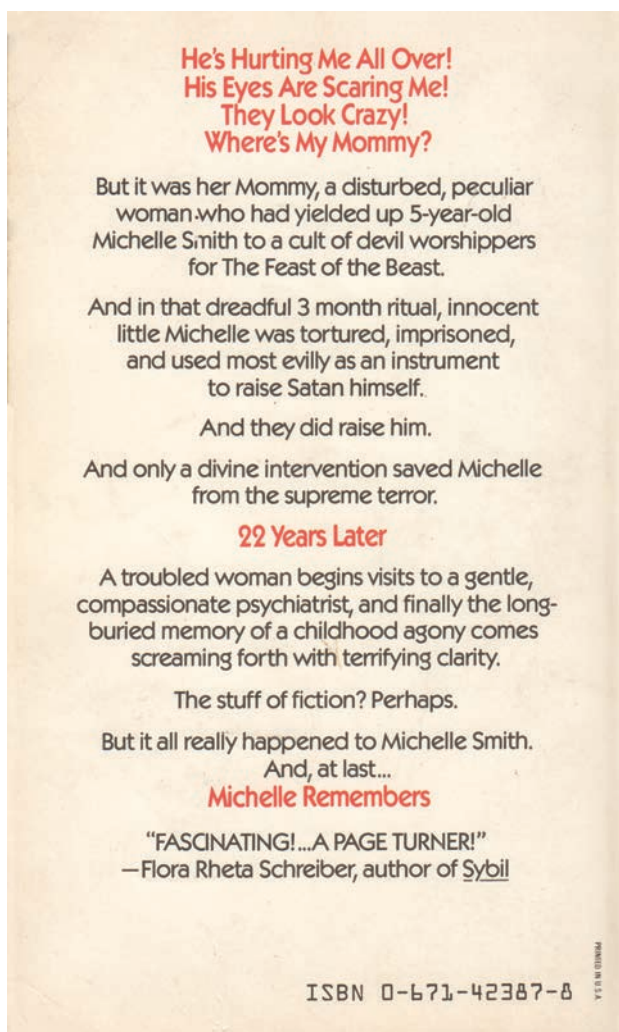
Michelle no se acordaba bien

En 1977, el ama de casa canadiense de la vida real Michelle Smith tuvo un aborto y se sumió en una depresión. Empezó a acudir a terapia con el doctor Lawrence Pazder, que le reveló que sus problemas se debían a recuerdos de infancia reprimidos. Juntos recuperaron aquellos recuerdos traumáticos, gracias a los que supo que, en 1955, cuando Michelle tenía cinco años, su madre la había entregado a una secta satánica que la había utilizado de centro de mesa en un ritual de ochenta y un días conocido como «el Banquete de la Bestia». Durante aquella orgía maratoniana, Michelle fue violada por serpientes, defecó en una Biblia, vio como asesinaban a sus compañeros de juego, fue testigo de la crucifixión de gatitos, le ensartaron quirúrgicamente una cola y unos cuernos de demonio en el esqueleto, le arrancaron a golpes todos los dientes y le hicieron comer carne humana al tiempo que la refrotaban entera con bebés muertos. En la línea de meta, la virgen María y el arcángel san Miguel se le aparecieron y la sanaron, y borraron milagrosamente toda evidencia física de aquellos delitos.

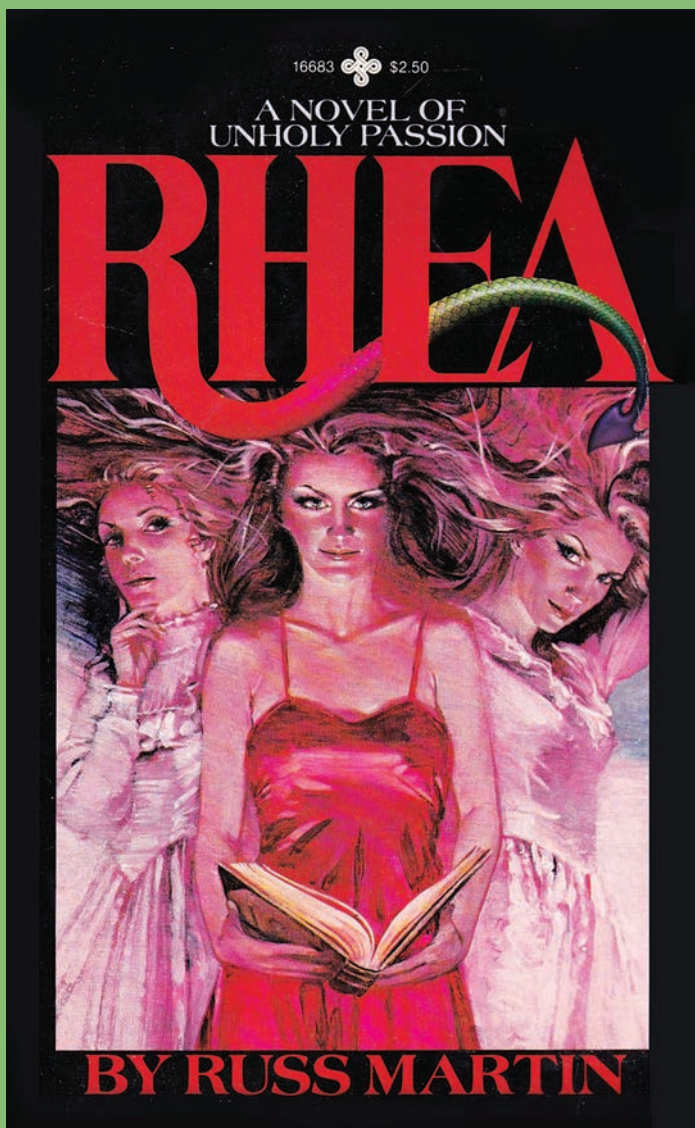
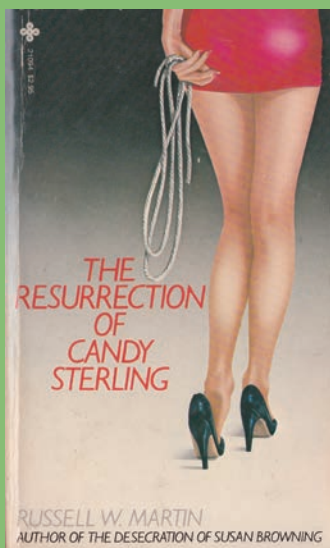
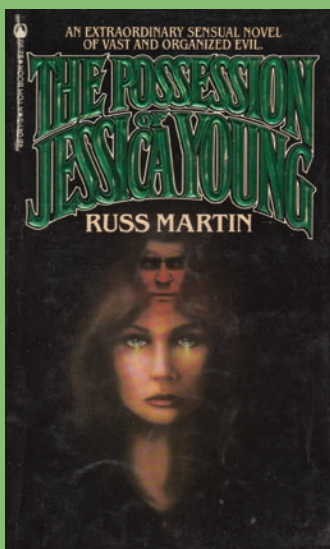
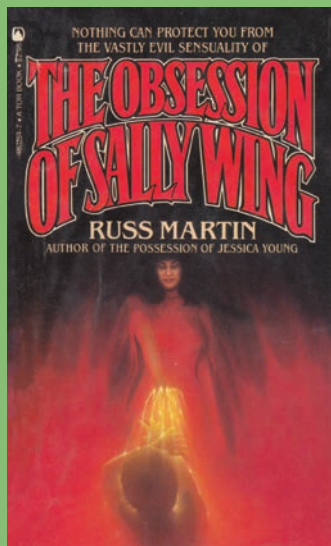
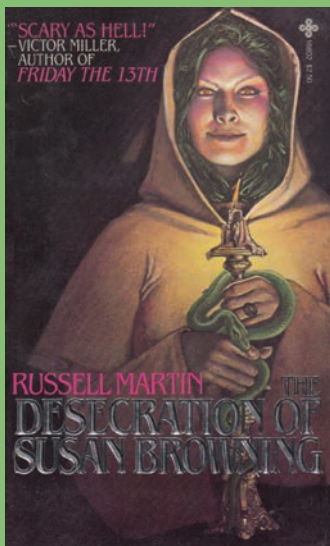
Suena a novela de Brian McNaughton, pero Smith aseguraba que era completamente cierto. Para advertir al mundo, Pazder y ella escribieron *Michelle Remembers*, unas memorias superventas que contribuyeron a desatar el llamado «pánico

satánico» de los ochenta. Gente aparentemente inteligente se convenció de que Satanás andaba al acecho bajo las cubiertas de todos los álbumes de heavy-metal y que dirigía los centros de día de todo el país. Smith y Pazder dejaron a sus respectivos cónyuges y se casaron la una con el otro; salieron en el programa de Oprah, promocionaron el libro por todo el país, aparecieron en la revista *People* y compraron una adaptación cinematográfica de su libro, que no se exhibió en salas de cine gracias únicamente a las amenazas de demanda tanto de Anton LaVey, de la Iglesia de Satanás, como del padre de Smith.

Michelle Remembers fue un texto fundamental que llevó a la novela comercial el síndrome de la memoria recuperada y los abusos de los rituales satánicos, y actualizó en los ochenta las teorías conspiranoicas de finales de siglo sobre esclavistas blancos que dirigían una red internacional de pecado. El pánico satánico postulaba una red satánica de la cuna a la tumba que adoctrinaba a los niños en el sexo y los círculos de drogadicción, sirviéndose de los dibujitos animados de los sábados por la mañana y de las figuras de acción de He-Man, mientras los ocultistas de la Nueva Era blandían cristales detrás de todo ello. Los Estados Unidos de los ochenta estaban preparados para las teorías conspiratorias, por tontas que fueran, y estaban a punto de conocer a un hombre llamado Russ Martin que tenía unas cuantas que venderles.



¿Pudo llegar a ser cierto el suplicio diabólico descrito por Michelle Smith? (Alerta de espóiler: ¡No!)



La conjura del vicio de Russ Martin

Entre 1978 y 1984, Russ Martin escribió siete libros sobre la Organización Satánica, una conspiración mundial dedicada al diablo y dirigida por una élite del 0,01 por ciento que gobernaba la sociedad y se servía del control mental y el intercambio de cuerpos para destruir a sus enemigos. *Rhea* es un caso atípico: ni más ni menos que el relato franco de un ejecutivo adúltero de Hollywood, la bruja que lo seduce y la esposa que termina empalada en el pene gélido y bicéfalo de Satanás.

Después de eso, entró con pie firme en la nueva década con *The Desecration of Susan Browning*. Susan y Marty son dos actores jóvenes de Los Ángeles que están a punto de triunfar cuando Marty salva de ser violada a una mujer rica llamada Wanda Carmichael. A Wanda le fascina ese joven semental y Marty no tarda en largarse, pedir el divorcio e irse a vivir con Wanda a su fabulosa mansión. La Organización Satánica lo ha convertido en esclavo sexual de esta mediante un conjuro de obsesión. Como él mismo le cuenta a Susan, si Wanda le pidiera que matase a su exmujer, lo haría de inmediato.

Aquello era la ficción de los fans del pánico satánico, que actualizaba el sueño febril de *Michelle Remembers*, haciéndolo pasar de una conspiración satánica mundial a unos años ochenta infestados de *yuppies*, y le daba un giro vicioso. En los cinco libros siguientes, Martin recupera obsesivamente determinados temas: la traición de la autoridad, el intercambio de cuerpos, el control mental y un traslado de poderes siempre cambiante, como los conjuros de obsesión, que saltan de un personaje a otro como pervertidas bolas de *pinball*. Lisa Black, un personaje secundario de Susan Browning, se convierte en protagonista de *The Devil and Lisa Black*. En *The Possession of Jessica Young*, conocemos a Stephen Abbott, mandamás de la Organización Satánica, atrapado en una guerra psíquica con Jessica Young, cuyos grandes poderes van a causar problemas a Satanás. Abbot controla mentalmente a la hermana de Jessica, esta se alía con un poli para rescatarla, el poli traiciona a Jessica y luego también la traiciona su propia hermana.

Y así está la cosa: la traición engendra más traición en una nebulosa interminable de dominación y sumisión sexualizadas. Los críos de nueve años están atrapados en cuerpos de adultos. Las mujeres poderosas se convierten en doncellas francesas. Los vampiros videntes de Hong Kong asesinan a niños en Washington D. C. La última entrega tiene lugar en una academia militar, que además es una base secreta para el traspaso de la mente de los leales más veteranos de la Organización Satánica a los cuerpos de los cadetes adolescentes. La única que puede resistirse al control mental es la gente virgen. Y si te parece que esto es demasiado retorcido para una editorial comercial, que sepas que, cuando cerró Playboy Press en 1982, Tor se hizo ensiguilla con el resto de la serie de Martin.

Como es lógico, Playboy Press publicó casi todas las novelas psicosexuales, cínicas y retorcidas de Martin.

En toda aquella tontería pseudosexual subyacía el mensaje de que una élite decadente lo controlaba todo. En el mundo de Martin, todos eran amos o esclavos. Satanás era la fuerza que hacía realidad tus sueños a cambio de tu alma. Satanás era el causante de toda la corrupción. Satanás era la razón por la que las cosas nunca salían bien. Resistirse era inútil. El juego estaba amañado antes de que nacieras.

Lo terrorífico de estas novelas es que Satanás siempre gana. Mira el mundo: hay pruebas por todas partes.